

ARTÍCULO CIENTÍFICO

LA EDUCACIÓN Y LA FORMACIÓN UNIVERSITARIA PARA
LA PAZ: APRENDIZAJES EN CONVIVENCIA PACÍFICA
E INTERCULTURAL EN MÉXICO

UNIVERSITY EDUCATION AND TRAINING FOR PEACE:
LEARNING IN PEACEFUL AND INTERCULTURAL
COEXISTENCE IN MEXICO

A EDUCAÇÃO E FORMAÇÃO UNIVERSITÁRIA PARA A PAZ:
APRENDIZAGENS EM CONVIVÊNCIA PACÍFICA
E INTERCULTURAL NO MÉXICO

JOSÉ JAVIER CAPERA FIGUEROA*

Recibido: 20 de mayo de 2025 - Aceptado: 22 de septiembre de 2025 -
Publicado: 30 de noviembre de 2025

DOI: 10.24142/RAJU.V20N41A13

Cómo citar: Capera Figueroa, J. J. (2025). La educación y formación universitaria para la paz: Aprendizajes en convivencia pacífica e intercultural en México. *Ratio Juris* (UNAULA), 20(41). Recuperado a partir de <https://publicaciones.unaula.edu.co/index.php/ratiojuris/article/view/1837>, DOI: 10.24142/raju.v20n41a13

* Doctor en Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana (México). Maestro en Sociología Política del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Maestro en Ciencias de la Educación de la Universidad Metropolitana de Ciencia y Tecnología (UMECIT, Panamá). Especialista en Pedagogía de la UMECIT. Politólogo de la Universidad del Tolima. Analista político y columnista de los periódicos *El Nuevo Día* (Colombia) y *Rebelión* (España). Investigador invitado del Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Literarias (LISYL) de la Universidad de los Andes (Venezuela). CvLAC: https://scienti.minciencias.gov.co/evlac/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod_rh=0001613216, Google Scholar: <https://scholar.google.es/citations?user=J4V1rbMAAAJ&hl=es>, ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1823-2814>, correo electrónico: caperafigueroa@gmail.com

Resumen

La educación para la paz y la convivencia intercultural es un eje central de las discusiones contemporáneas de las ciencias sociales, en la dimensión crítica de nuestra América. En esta ponencia se reflexiona sobre el papel de la universidad mexicana como actor social frente a las violencias estructurales y simbólicas que atraviesan a los sectores históricamente excluidos. En ese sentido, se examina la universidad no solo como espacio de formación profesional, sino como territorio de disputa epistémica, política y ética, donde emergen iniciativas orientadas hacia la construcción de una paz integral e intercultural crítica. Desde la perspectiva de la interculturalidad crítica, se argumenta que la educación superior debe involucrarse activamente en la superación de las desigualdades socioeconómicas, culturales y políticas que persisten en el país, generando espacios de diálogo, deliberación y acción colectiva entre las comunidades y las instituciones públicas y privadas. Este artículo sostiene que la paz no puede pensarse sin justicia social ni sin el reconocimiento de las diferencias, por lo que resulta urgente la construcción de programas educativos interinstitucionales que promuevan la convivencia pacífica, la equidad y el respeto mutuo dentro y fuera de las universidades mexicanas.

Palabras clave: educación para la paz, universidad mexicana, interculturalidad crítica, convivencia, justicia social.

Abstract

Education for peace and intercultural coexistence is a central topic in current debates within the social sciences and humanities in Latin America. This presentation reflects on the role of Mexican universities as social actors in the face of structural and symbolic violence affecting historically marginalized sectors. The university is examined not merely as a space for professional training, but as a site of epistemic, political, and ethical struggle where initiatives aimed at constructing integral and critical intercultural peace are emerging. From a critical interculturality perspective, the argument is made that higher education institutions must actively engage in addressing the

social, economic, and political inequalities that persist in the country. This involves creating spaces for dialogue, deliberation, and collective action among communities, and between public and private institutions. The article, contends that peace cannot be conceived without social justice or the recognition of difference, making it urgent to develop inter-institutional educational programs that promote peaceful coexistence, equity, and mutual respect within and beyond Mexican universities.

Keywords: peace education, Mexican university, critical interculturality, coexistence, social justice.

Resumo

A educação para a paz e a convivência intercultural constituem um eixo central nas discussões contemporâneas das ciências sociais em dimensão crítica na Nossa América. Esta reflexão aborda o papel da universidade mexicana como ator social perante as violências estruturais e simbólicas que afetam os setores historicamente excluídos. Nesse sentido, examina-se a universidade não apenas como espaço de formação profissional, mas como território de disputa epistêmica, política e ética, onde emergem iniciativas orientadas para a construção de uma paz integral e intercultural crítica. Desde uma perspectiva de interculturalidade crítica, argumenta-se que o ensino superior deve envolver-se ativamente na superação das desigualdades socioeconômicas, culturais e políticas que persistem no país, gerando espaços de diálogo, deliberação e ação coletiva entre comunidades, instituições públicas e privadas. O artigo sustenta que a paz não pode ser pensada sem justiça social nem sem o reconhecimento das diferenças, pelo que se torna urgente a construção de programas educativos interinstitucionais que promovam a convivência pacífica, a equidade e o respeito mútuo dentro e fora das universidades mexicanas.

Palavras-chave: educação para a paz, universidade mexicana, interculturalidade crítica, convivência, justiça social.

EL CONTEXTO DE LA UNIVERSIDAD MEXICANA

La educación en nuestros tiempos se ha transformado en un espacio para la integración de saberes y la desintegración de los procesos de solidaridad, unión, respeto y convivencia de la sociedad moderna. La situación geopolítica, que implica asumir el derecho a educarse como un servicio en función de los intereses transnacionales y privados de la economía de mercado, es un reflejo de los avances, las contradicciones y los retrocesos de los procesos educativos y las universidades, los centros y las instituciones de docencia, investigación e incidencia social, que coexisten en un ambiente de violencia, migraciones, pobreza y explotación en las diferentes regiones de Latinoamérica (de Zubiría, 2019).

La universidad, como un espacio de integración sociocultural, se ha destinado históricamente al desarrollo del conocimiento, al debate y a la construcción de saberes, partiendo de la posibilidad del diálogo abierto y la deliberación participativa entre los sujetos. Se dedica a reflexionar y a apoyar las transformaciones políticas que se vienen presentando de forma concreta en el escenario de una sociedad mercantil y un Estado capitalista inmerso en los movimientos del capital, propios del mundo globalizado (Márquez, 2008). Por ende, emerge la necesidad de recapacitar sobre la formación, la producción y la construcción de conocimiento en el marco de las oportunidades y las contradicciones que coexisten en la crisis civilizatoria de estos tiempos.

La paradigmática realidad que enfrenta la universidad la lleva a indagar, de modo positivo o negativo, por el pensamiento y por la sociedad moderna, la cual se actúa en distintos casos en función de las necesidades, las demandas y los criterios del mercado, o de la oportunidad de reconocer la pluralidad de los diálogos de saberes, las experiencias y las narrativas que responden a una concepción a contrapelo de las estructuras hegemónicas propias del Estado —capitalista— y de la modernidad —colonialidad— (Quijano, 1992). La naturaleza del reconocimiento de la esfera pública como un espacio acorde para la formación del sujeto desde el ámbito educativo tiene que ver con la necesidad real de cuestionar los procesos de la política, tanto institucional como no-formal, siendo este un espacio político-epistémico, que sirve como vínculo para la integración de diferentes concepciones sobre el carácter autorreflexivo, el cual deviene de la interacción del Estado corporativo y la sociedad civil —estatizada— con respecto al papel y la misión de la universidad sobre una comunidad, una región y una nación.

Sin embargo, la situación del México actual en medio de la polarización de los grupos sociales pone a la universidad en un escenario de divisiones que solo lleva a establecer extremos socioemocionales, de interés para los sectores políticos tradicionales y los actores hegemónicos, que buscan invisibilizar a los actores reales, que son sujetos críticos que apuestan por una educación sentipensante que sea la base para la formación de ciudadanos críticos y propositivos ante los conflictos y las violencias estatales.

En el ámbito de la educación para la paz y la no-violencia, en los escenarios interculturales, se instituye la posibilidad de tener campos curriculares y lineamientos con asignaturas, material bibliográfico y proyectos comunitarios que refuerzan las formas de pensamiento que responden a la figura epistémica del colonialismo interno (González, 1995).

Los retos y los avances de la educación han contribuido a la reconfiguración de formas internas y externas de concebir los procesos pedagógicos, de investigación y de enseñanza de la docencia en el marco de la consolidación del desarrollo y el perfil profesional de los universitarios. Y esto responde, en gran medida, a los medios, las instituciones y las agencias de mercantilización de la educación, donde se propone la lógica de la multiculturalidad, basada en los intereses endémicos del sistema mundo-capitalista, alejándose al mismo tiempo de la esencia que responde a un sentido ético-político de lo público, según el cual los procesos universitarios tendrían que cuestionar los ámbitos locales, regionales y nacionales articulados con los requerimientos de una globalización que instauro la transnacionalización de los modelos de educación superior en el ámbito regional.

La apuesta es concebir la universidad como un espacio orientado hacia la posibilidad de un pluralismo epistemológico que logre articular la autonomía, la proyección y la incidencia social, la investigación y los métodos o enfoques desde la visión multi e interdisciplinar del saber. Tiene que ver con la oportunidad de articular, con un compromiso ético, las luchas de los grupos más oprimidos del sistema (Fernández, 2019). Al mismo tiempo, implica conocer desde adentro las dificultades que facilitan los escenarios de crisis, los colapsos y los devenires socioambientales problemáticos en las sociedades en movimiento dentro de la economía de mercado, que se centra en la ganancia, la utilidad y los intereses del capital privado.

Con la mirada geopolítica de nuestra América, se observa que la universidad pública se enfrenta a las ideas de radicalización por las ideologías frente al manejo y la organización del Estado; los estamentos privados, por

ejemplo, resultan de la noción de gerenciar las instituciones gubernamentales. En este caso, es importante precisar que en el contexto mexicano se enfrentan los impactos de la competitividad por la calidad, la gestión y la apropiación social del conocimiento para los territorios.

A pesar de los altos índices corporativos, los sectores gubernamentales promueven un modelo de investigación enajenada, que rompe con los modelos de la educación para la paz crítica, y apuestan por establecer un paradigma hegemónico de la privatización, dejando de lado la pérdida de los espacios de la esfera pública en los distintos sectores de la sociedad civil (Galli, 2013).

El fortalecimiento del capitalismo cognitivo en la década de los noventa, en el campo de la racionalidad instrumental y privada de la educación superior, tomó fuerza al promover modelos de evaluación, financiación y desarrollo institucional acordes con los principios instituyentes del libre mercado, de tal manera que las universidades tendrían que asumir un papel funcional para los intereses del sistema moderno-colonial. Parte de esta narrativa se asocia a los procesos político-administrativos propios de los intereses de las élites, que imponen proyectos basados en la calidad, la competitividad, la eficiencia y la eficacia en el marco de la evaluación, la acreditación y el direccionamiento institucional, favoreciendo los requerimientos de las instituciones financieras internacionales, mientras se dejan de lado las luchas, las demandas y los procesos sociales de orden subalterno que se presentan en los procesos de resistencia de los actores colectivos estudiantiles en la universidad.

El panorama de la proliferación de universidades, centros e institutos de educación privada en función de los procesos, demandas y modelos de intervención coloniales de los grupos hegemónicos devela la forma de impulsar técnicas y prácticas propias del colonialismo interno desde el ámbito educativo superior. Así pues, la agudización de la reducción del presupuesto, la cooptación de los procesos universitarios y el fortalecimiento de la relación universidad-empresa privada, a partir del interés del capitalismo cognitivo de orden global, tienen que ver con la capacidad de establecer la visión de la educación como un servicio propio de la ley, desde la ley de la oferta y la demanda, bajo el motor del mercado, lo que va en contravía de la perspectiva que propone reconocer la educación como un derecho humano al servicio de las necesidades de los grupos oprimidos de nuestra época (Sandoval, 2016).

El sentido de establecer programas académicos en los distintos niveles: licenciaturas, especializaciones, maestrías y doctorados, al servicio de la dinámica financiera de los mercados convirtió la profesionalización en un proyecto empresarial enfocado en encontrar mecanismos de cualificación y cuantificación funcionales para el réquiem de las universidades y para la modernización de la esfera privada, en concordancia con la lógica neoliberal del presente (Sandoval y Capera, 2019). Esta perspectiva ha convertido la educación en un campo mercantil cerrado, en donde toma el papel de una simple hacedora de investigaciones endógenas, sin ofrecer ningún aporte real a las problemáticas de la sociedad, lo que aumenta la incapacidad de generar un pensamiento crítico de carácter ético-político al servicio de las luchas de los de abajo (de Sousa y Sena, 2019).

En efecto, el fenómeno del despojo territorial responde una serie de variables que son propias de la desigualdad, la pobreza y el abandono del Estado en el ámbito de la educación para la paz en México. Admitir que el sistema mexicano está privatizando la educación pública permite identificar el control de los actores tradicionales, quienes apuestan por establecer centros educativos dirigidos por grupos de poder que manipulan los espacios de democratización del conocimiento, lo cual se materializa con los conflictos de las sociedades modernas-colonizadas (Márquez, 2018).

La sociedad civil mexicana, que ha sufrido los golpes de los actores tradicionales, la presencia de grupos de narcotraficantes y la desaparición forzada, enfrenta además la pobreza, el desempleo y el racismo, características intrínsecas de los centros educativos que hacen necesario reconocer la crisis que enfrenta la comunidad que pone en práctica los procesos de resistencia y de emergencia político-cultural (Zemelman, 2010).

La situación sociocultural del narcoestado en México ha tomado fuerza en los últimos años, puesto que involucra a los diferentes sectores de la sociedad civil y al mismo tiempo toca de forma sensible temas propios de la esfera público-privada, a partir de los procesos políticos y sociales gestados en las instituciones estatales, que posicionan dicha problemática en la agenda gubernamental, buscando la promoción de soluciones que en la mayoría de los casos no son las adecuadas, lo cual posibilita la recolonización y las formas de explotación propias de la globalización y la racionalidad del sistema capitalista sobre los sectores excluidos de un tipo desarrollo colonial en la sociedad mexicana (López, 2012).

Este contexto da paso a acciones violentas en los sectores más excluidos de la sociedad mexicana. Responde a un escenario identificado por los elevados índices, indicadores y mediciones de conflictos, las acciones delictivas y múltiples formas de violencia que se observan tanto en situaciones cotidianas como en el ejercicio de la represión, la criminalización y las desapariciones por parte de las mafias y los grupos de poderes del Estado colonial (Alonso, 2018a).

La ola generalizada de desigualdad social y abandono estatal, creada por los intereses racistas, coloniales y mafiosos de los grupos políticos tradicionales, genera un panorama mediático que se materializa en las experiencias de la vida cotidiana, retransmitidas por dispositivos como la prensa, las redes sociales, la radio, la televisión, los teléfonos y los medios virtuales, lo cual responde al alto grado de marginación que sufren millones de ciudadanos mexicanos, puesto que refleja la mentalidad y la práctica política enfocadas en la revictimización que produce el control impuesto de la narcopolítica, en sus diversas dimensiones socioculturales e institucionales.

Las distintas formas de violencia se conjugan en los escenarios educativos, lo cual influye de forma directa en las prácticas de enseñanza, orientación, colaboración e intervención en los procesos educativos de larga duración. De esta forma, la cultura política y las dificultades que vive la sociedad mexicana, sumida en la dinámica estatal de la narcopolítica y el control de las mafias sobre las instituciones público-privadas, develan las situaciones en las cuales se encuentra la universidad y que afectan de forma concreta su ambiente de armonización en el campo de la docencia, la investigación y la pertinencia societal, que en últimas se radicaliza en la precariedad educativa para los distintos grupos sociales.

La lógica que invita a reconocer el sentido autonómico de la universidad tiene que ver con la posibilidad de cuestionar desde adentro y desde abajo los procesos de formación, enseñanza e investigación, así como las dinámicas socioculturales que coexisten en la realidad mexicana. Aunque algunas de estas dimensiones se encuentran cada vez más validadas y refundadas, al concebir la compleja situación de pobreza a escala territorial, de manera que la variedad de los conflictos que presencian las comunidades en sus diferentes latitudes refleja aspectos como el tráfico de drogas, la corrupción, la impunidad, la agresión sistémica, la desaparición forzada y el asesinato a líderes sociales en los territorios.

En efecto, el pico de conflictos negativos se elevó en el año 2006 en México, y muestra de forma considerable los episodios y situaciones concretas que reflejan el peor rostro de la violencia, el secuestro y la extorsión, prácticas de carácter negativo que influyen de forma radical en la cultura y en el imaginario popular del país. Las redes de criminalidad han cautivado los procesos universitarios, sumidos en prácticas negativas como la configuración de carteles de contratación, manipulación y cooptación de los grupos político-administrativos, en función de la constitución de un sistema educativo basado en los intereses corporativos y el control de los recursos materiales, logísticos y financieros por parte de los grupos hegemónicos.

La intromisión de los carteles en los ambientes universitarios refleja la incapacidad del Estado para asumir formas de vigilancia y seguridad desde los espacios educativos. Asimismo, el pensamiento asociado a la cultura de la violencia, el belicismo, el bandidaje y la discriminación en las instituciones público-privadas se instituye como la muestra de una educación superior asentada en la narcocultura, del incremento de las prácticas de exclusión y *bullying*, y de la persecución sobre la autonomía de las clases y la promoción del pensamiento crítico en los planes de formación, investigación y enseñanza universitaria, desde abajo y en los territorios.

Según datos históricos recolectados desde el 2010, en México existen alrededor de

74 millones de personas con edades entre los 15 y 64 años, de las cuales 5,4 millones son analfabetas (un sector donde hay indigencia con cara de mujer e indígena), 10,1 millones no cuentan con estudios de primaria (gente que vive en pobreza extrema) y 16,4 millones carecen de secundaria (personas en pobreza) (Espinoza, 2016).

Este panorama refleja los complejos niveles socioculturales que influyen en la pobreza y la desigualdad social en un contexto que no ofrece garantías sobre los derechos humanos ni las mínimas condiciones que demanda la sociedad civil, puesto que aproximadamente 31,9 millones de mexicanos son víctimas de la falta de un sistema de educación universal con calidad, eficiencia y eficacia, que satisfaga cada una de sus necesidades.

La crisis estructural del modelo económico-político mexicano, legalizado a través de estructuras moderno-coloniales propias de una democracia procedimental de carácter liberal, influye de forma amplia en los procesos

administrativos, técnicos e institucionales, convenientes para la racionalidad de la educación superior, y al mismo tiempo es una muestra del peso que adquiere la cultura política, caracterizada por escenarios de exterminio de los sectores sociales que afectan a la población educativa.

El problema de las violencias y los conflictos estructurales (sociales, políticos, domésticos y culturales) de la población universitaria se articula con los déficits de la democracia en su plano normativo-procedimental. A su vez, muestra aspectos concretos sobre la inequidad en el campo del crecimiento, la redistribución y las herramientas que fortalecen el capital humano vinculado a la posibilidad de promover ámbitos de movilidad social universitaria en la esfera público-privada. La corrupción y las prácticas indebidas de contratación, evaluación e investigación hacen parte de los fenómenos de violencia que deben afrontar los estudiantes de educación superior, debido al ambiente de sumisión que existe en buena parte de la comunidad académica, que no asume una postura crítica frente a las prácticas internas y externas indebidas en el ámbito público.

El panorama complejo de desigualdad que aqueja a la sociedad mexicana y a la población universitaria no es ajeno a dicha realidad, pues existe una brecha profunda entre la población que puede acceder a la educación en sus distintas dimensiones y la que no puede hacerlo. El 26 % de los habitantes no goza del derecho a la educación en los niveles superiores, bajo los criterios de calidad, investigación y proyección social en comunidad, teniendo en cuenta que el porcentaje en América Latina es del 34 %, mientras que en los países con fuertes ingresos per cápita es del 67 % (Democracia Deliberada, 2014).

La inequidad sociocultural y política que existe en el sistema educativo mexicano responde a las estructuras cerradas, arcaicas y tradicionales de la enseñanza basada en el control y la manipulación de los medios y las instituciones moderno-coloniales. Así pues, el interés mercantil en promover un tipo de educación, a partir de los principios de la globalización, que ha impregnado la dinámica institucional y la mentalidad de ciertos grupos que configuran la nación, tiene que ver con la elitización de las universidades y la pérdida de la autonomía, resultado de las reformas estatutarias propias del sistema mundo-capitalista.

La amplia brecha de la desigualdad socioeconómica repercute entonces en las formas, las estrategias y las lógicas de la educación superior, las cuales constituyen una realidad que afecta de forma directa e indirecta las

distintas dimensiones de la universidad. Aquí, la trayectoria de los grupos más vulnerables, que no logran acceder de forma integral a los derechos, los bienes y los servicios que oferta el mercado transnacional educativo en México, es la muestra de la incapacidad en materia de cobertura, calidad y proyección de la perspectiva funcionalista de esa serie de políticas institucionales de ciencia, tecnología, humanidades y técnicas, pensadas desde los requisitos de los grupos empresariales y hegemónicos de la sociedad civil.

Por tal razón, es escasa la capacidad de recepción del mercado laboral frente a las demandas profundas de los jóvenes egresados en los diferentes niveles de educación superior: técnico, tecnológico y profesional, los cuales suman fuerza de trabajo activa en medio de un estado de desempleo sistémico. Parte de esta situación refleja la falta de oportunidades reales y de estrategias de formalización que promuevan la capacidad de formación de capital humano en las distintas dimensiones de la vida comunitaria y universitaria.

Las diversas formas del conflicto (doméstica, social, comunitaria, política y cultural) que se manifiestan en la realidad mexicana coexisten bajo un sistema pensado desde la lógica institucional como democrático, pero que está cooptado por los grupos hegemónicos y afines a los intereses corporativos de las mafias que anidan en el interior de las instituciones público-privadas y que imponen el racismo, la exclusión y la subordinación, partiendo del interés colonialista de constituir formas hegemónicas sobre los poderes populares (Castellanos y López, 1992). Al mismo tiempo, emerge la necesidad de buscar oportunidades de movilidad social que, con el paso del tiempo, no resultan congruentes con las necesidades de los jóvenes que incursionan en un proyecto de vida social, humano y universitario que logre dignificar las relaciones sociopolíticas de la cultura mexicana.

La precaria estructura orgánica de la educación superior mexicana podría contribuir a superar situaciones de exclusión y desigualdad social propias de las dinámicas del sistema educativo, a partir de la heterogeneidad que demandan los grupos, colectivos y organizaciones en los diferentes sectores de la sociedad civil para el plano federal, estatal y local. Sin embargo, las problemáticas endógenas de la cultura y el imaginario mexicano se propagan desde las prácticas y las narrativas de conflicto en los diversos espacios sociales, los cuales reflejan la identidad de la violencia, el despojo y la deshumanización del sistema político clientelar, mafioso y cerrado de las élites orgánicas en México.

NARRATIVAS E INFLUENCIAS DE LOS MOVIMIENTOS UNIVERSITARIOS FRENTE A LA CULTURA DE LA PAZ PARA EL MEXICANO VIOLENTADO

Las formas de convivencia familiar, social y comunitaria que se observan en las distintas fases del desarrollo humano develan la necesidad de superar los esquemas monolíticos que apelan al individualismo, el aislamiento y la indiferencia societal ante las problemáticas que se presentan en la esfera pública. Por ello, la cultura y la vida universitaria en México, como en gran parte de Latinoamérica, se enfrentan a un *boom* negativo, sexista y racista de la información, promovido por los medios de comunicación hegemónicos, los cuales, desde la televisión, la prensa, las redes sociales, las revistas y los medios masivos, auspician una cultura política y de valores basada en la racionalidad instrumental y económica propia de la globalización y del Estado capitalista (Díaz, 2013).

La necesidad de empoderar los procesos de diálogo horizontal para concebir escenarios de deliberación y praxis del sujeto requiere superar la estructuras cerradas y monolíticas del saber desde los medios y agencias de interacción intersubjetiva entre los actores de la comunidad en resistencia espiritual, política y cultural. Igualmente, el proyecto colonizador de imponer esquemas y monólogos cerrados, tradicionales e indolentes frente a las necesidades, las luchas y las demandas de los grupos de abajo muestra un camino en construcción por parte de los movimientos universitarios y estudiantiles, que adopta la lógica antisistémica frente al *statu quo* de los grupos hegemónicos de las universidades (Sandoval, 2013a).

La cultura de la paz y la transformación de los conflictos, en la sociedad y particularmente desde el contexto universitario, tiene que ver con la capacidad de fomentar situaciones y prácticas de resolución de problemáticas desde el sentipensar y el diálogo abierto del sujeto en la comunidad, de modo que se logre reflexionar a partir de la praxis de resistencias que promuevan propuestas desde abajo. La situación que viven los estudiantes en el sistema de educación superior recae en una endeble formación del pensamiento ético-político de carácter crítico, que permite construir rutas y medios para la toma de decisiones y la adopción de deberes desde la responsabilidad cívica de orden popular, en función de las luchas de los grupos oprimidos de la época (Sandoval, 2016).

La crítica a la falta de autonomía universitaria, que delata el desconocimiento del orden institucional, tiene que ver con las medidas promovidas por los grupos hegemónicos bajo la premisa de la modernización y la reforma estructural de la universidad pública. En este sentido, los procesos de orientación sociohumanísticos se traslapan por los intereses de un tipo de formación empresarial, de mercado, desde los postulados de la globalización capitalista.

La sociedad mexicana está sumida en problemáticas profundas, propias de un narcoestado y de instituciones público-privadas controladas por las mafias, los grupos autoritarios y los sectores tradicionales dedicados a silenciar, excluir y estigmatizar el pensamiento y la acción crítica provenientes de los actores subalternos, que resisten en medio de las diversas formas de manipulación y control por parte de la racionalidad instrumental, burocrática y privada de la universidad.

La propaganda de desinformación de los medios, basada en los catálogos, las industrias culturales y las demandas comerciales, se instituye en los esquemas que enfrentan de forma directa a los jóvenes universitarios en medio de una sociedad fragmentada por la violencia, la pobreza y la desigualdad. Por ello, el control del sector financiero y la lógica de dominación político-burocrática de los grupos hegemónicos repercuten en la formación de valores de los estudiantes, debido a que se articulan formas de control desde arriba que se imponen bajo los medios de exterminio, cooptación y manipulación de los liderazgos universitarios (Sandoval, 2014).

En este sentido, la universidad pública, que se enfrenta a la tarea de generar procesos de investigación social enfocados en fomentar un tipo de pensamiento crítico en pleno siglo XXI, entra en choque con los intereses privados de las grandes empresas transnacionales, que apuestan por la normalización del pensamiento y el funcionalismo político-normativo ante la dominación, la explotación y la exclusión de los grupos vulnerables de la sociedad civil. La cultura política colonialista que promueven las clases hegemónicas mexicanas, en el marco de la formación de talento humano universal, se caracteriza por el sometimiento y la negación de los valores críticos de servicio y resistencia ante los esquemas de control institucional.

Dicha lógica hace parte de la narrativa que se plantea en la formación sociopolítica y ética de los universitarios frente a la enérgica presencia de medios de comunicación oficialistas, que divulgan contenidos de carácter

normativo y funcional para el adoctrinamiento de un pensamiento minimalista, cerrado y acrítico sobre los problemas que existen en la sociedad mexicana. Al mismo tiempo, se percibe la exclusión de los programas, los contenidos y los temas que posibilitan la constitución de áreas de debate, diálogo abierto y socialización de problemáticas sociopolíticas desde la pluralidad del pensamiento, con el fin de promover un ambiente a contrapelo de la modernidad-colonialidad que existe en la universidad pública del siglo XXI (de Sousa, 2006).

La responsabilidad cívica de abrir grietas en el interior de las corrientes dominantes de la enseñanza de valores para la población universitaria, en un escenario de múltiples violencias que afectan la composición del tejido social y cultural del territorio, pone en evidencia una serie de prácticas de racismo, xenofobia y discriminación en los espacios de convivencia escolar, puesto que afecta de forma radical la dinámica de enseñanza, formación y construcción de comunidad en los campus de la educación superior.

Por un lado, el consumo de productos culturales vinculados a situaciones de violencia, exclusión, tráfico de drogas, pobreza y conflictos sociopolíticos influye de forma categórica en la mentalidad de los educandos sobre las formas de comunicación, interacción y convivencia que se presentan en la universidad. Asimismo, las narrativas, los discursos y las prácticas que parten de la irresponsabilidad en la emisión y la difusión de contenidos buscan legitimar las expresiones de control, dominación y explotación, construyendo un escenario contrario a los principios del diálogo y la solidaridad que constituyen los procesos educativos.

Las reformas estructurales que en los últimos años se han realizado en los programas de ciencias sociales y humanidades, en las diversas universidades de la región, responden a una práctica que debe flexibilizarse, puesto que impone una racionalidad instrumental funcional para la dinámica del sistema mundo-capitalista, que profundiza la pérdida del núcleo estructural de la enseñanza de las teorías sociales, políticas y económicas desde una perspectiva crítica.

De este modo, resulta indispensable la formación de un *ethos* que logre cuestionar y proponer acciones frente a situaciones que demandan soluciones inmediatas, como la exclusión y la marginación estructural en las familias. La universidad no es ajena a dicha realidad, pues admite escenarios de segregación, corrupción y manipulación sobre la dinámica de liderazgo,

deliberación y construcción de saberes más allá del ambiente institucional (Vega, 2011).

La universidad mexicana se enmarca en un contexto de autoritarismo y ha jugado un papel crucial en la producción de conocimiento bajo los intereses partidistas, es decir, de aquellos grupos o empresas electorales que apuestan por el control del establecimiento, mediante la manipulación de los procesos de resistencia y de deliberación democrática sobre la autonomía, el conocimiento y la incidencia social que requiere la nación, puesto que son esquemas indispensables para la generación de procesos de transformación social desde las comunidades y las regiones.

La puesta en práctica de las narrativas de exclusión y desigualdad social en el escenario universitario representa una faceta de control que han promovido los gobiernos de turno, al establecer grupúsculos cerrados del poder político que responden a los intereses y las estructuras coloniales de los actores hegemónicos. Así entonces, la autonomía pasa a un segundo plano, puesto que cobran relevancia los procesos político-administrativos, dependientes de la racionalidad de las mafias apoderadas de los esquemas de contratación, los nombramientos y la distribución de los poderes que se instauran en los centros de educación superior (Alonso, 2005).

La manipulación que ejercen los medios de comunicación tradicionales y la escasa formación en pensamiento crítico, a la hora de tomar decisiones frente a la programación, la información y los datos que llegan a los universitarios, sirve como antecedente para demostrar que el poder político moderno-colonial de las universidades público-privadas tiene que ver con las formas de operar bajo el interés del capital, que permea el funcionamiento de la universidad del siglo XXI, inmersa en la globalización de nuestros tiempos.

Sin embargo, las diversas facciones que apelan al respeto por la autonomía y la autodeterminación política que requiere la universidad, al ser un espacio para la construcción, el aprendizaje y la enseñanza del conocimiento desde una condición plural e intercultural, no tendrían que alejarse de las experiencias y las narrativas de saberes que provienen del pensamiento de los pueblos indígenas, las negritudes y los sectores excluidos del desarrollo moderno. Parte de este proyecto se encuentra en constante vilo ante la fuerte presencia de una lógica cerrada y tradicional que asume la educación bajo los estándares de la empresa privada y la actitud colonial de los grupos hegemónicos.

Por lo tanto, no debe dejarse pasar la oportunidad de reconocer la falta de medios, estrategias y redes para visibilizar los problemas que devienen de dicho tipo de consumo o industria cultural en torno al uso adecuado de los capitales y dispositivos que constituyen las raíces de la violencia, el despojo y la falta de comunicación entre los actores universitarios y la burocracia. Es necesario formar para lo público desde el sentipensar y la praxis de los sujetos, como parte del proyecto a largo plazo que demandan la cultura y el imaginario universitario de la sociedad mexicana.

El mecanismo de resistencia apuesta por ir más allá de la visión negativa del conflicto y de la paz propia de la universidad moderno-colonial, que no legitima los saberes, emociones y sentires de los grupos universitarios que afrontan dificultades profundas con respecto al diálogo y la participación real desde abajo. Representa la necesidad de hacerle frente a la cultura de los medios caracterizados por la reproducción de un pensamiento hegemónico acorde con un imaginario colonizador de lo público (Díaz, 2008).

La apuesta por reconstruir el tejido social universitario desde sus propias necesidades tiene que ver con el reconocimiento de las prácticas, las narrativas y las experiencias de vida de las poblaciones educativas. Parte de esta situación toma fuerza debido al contenido virtual, formal o informal, al que acceden los jóvenes que deben resistir ante un país identificado con la cultura del narcotráfico y el paramilitarismo, bajo la figura del control de las mafias en el plano público y las estructuras de direccionamiento universitario moldeadas por las dinámicas económicas y empresariales del sector privado.

Los grupos tradicionales han utilizado la disputa de los poderes fácticos que existe en los establecimientos universitarios para conservar las estructuras modernas e imponer una racionalidad de cooptación, manipulación e incapacidad para el ejercicio de una crítica desde adentro que legitime las luchas de los de abajo. Esto implica un desconocimiento de las formas de construcción de la concepción de democracia local y estudiantil, que apuesta por repensar las estructuras desde adentro y desde abajo, para así promover la democratización de los espacios públicos en función de las necesidades de los sectores marginados de la sociedad civil mexicana.

De esta forma, la cultura política universitaria se encuentra sumergida en un bombardeo de información sexista, vulgar y denigrante de la dignidad humana, puesto que responde a los intereses del consumismo de las industrias culturales, acordes con los intereses del sistema mundo-capitalista y del

poder hegemónico de las élites en los espacios educativos (Martín-Barbero, 2009). La decadencia del pensamiento crítico, que ha sido controlado por sectores anquilosados en las formas de pensar y actuar tradicionales de las epistemes hegemónicas, hace parte del juego político-burocrático de los sectores mafiosos partidistas de la sociedad mexicana, que rompe con el sentido ideal de la universidad al servicio de las causas más nobles de los grupos excluidos del desarrollo moderno-colonial.

CONFLICTOS Y VIOLENCIAS SISTÉMICAS EN LA UNIVERSIDAD MEXICANA

Es importante reconocer la capacidad de movilización y participación que se percibe en la universidad como aquella caja de resonancia que propicia la deliberación, la construcción y la formación de una ciudadanía con un sentido ético-político de la participación en los diferentes escenarios socioculturales de la sociedad civil. La responsabilidad que demandan los centros de formación en el marco de la educación superior, de índole público o privado, implica la necesidad de cuestionar y asumir una praxis basada en la capacidad de promover acciones afirmativas y transformadoras de la realidad, que se asuman como experiencias contrahegemónicas en el plano local, regional y global (Sandoval, 2019).

La profunda desigualdad social y política que existe en la sociedad mexicana, sometida al control de los grupos hegemónicos sobre las estructuras modernas-coloniales, afecta a las universidades, las cuales responden a los intereses politiqueros y partidistas del momento, al ser espacios para el control y la imposición de racionalidades privadas, sumidas en las dinámicas de control y manipulación por parte de los actores tradicionales, que operan bajo la lógica de las mafias corporativas institucionales de orden transnacional.

El engranaje administrativo y político que ha diseñado la universidad muestra las formas de control sobre las instituciones, los espacios, las redes y los cuerpos que configuran dicho escenario. Parte de esta situación se debe a las formas autoritarias de manipulación y sumisión que ejercen los grupos hegemónicos sobre la cultura universitaria. Esto influye de forma radical en las prácticas antidemocráticas que obstaculizan la motivación idealista de concebir cualquier casa de estudios más allá de los medios e intereses privados de la clase política tradicional del país.

Las revueltas y las expresiones de rebeldía que históricamente han generado los movimientos estudiantiles, las redes, los colectivos y los grupos disidentes de las prácticas tradicionales de la política universitaria, vinculada con los grupos mafiosos y partidistas del contexto federal, estatal y local, se oponen a los grupos de control y manipulación en las dependencias de investigación, docencia, publicaciones e internacionalización, en las cuales los universitarios no tienen un espacio de participación real y activa, más allá de la narrativa institucional de apertura, colaboración y vinculación, que simplemente se queda en el marco normativo-procedimental del escenario académico divulgativo.

De esta forma, la concepción de apertura y reforma universitaria, que busca contrarrestar las lógicas del control político-burocrático, se convierte en una práctica de resistencia desde abajo, de la cultura de pacificación y mediación del conflicto por parte del movimiento estudiantil, sin desconocer que existen serias situaciones de persecución, acoso y acciones de choque por parte de los actores hegemónicos que impulsan un imaginario de exclusión, racismo, xenofobia y criminalidad con el fin de aplicar medidas que desestabilicen las redes gestadas por los líderes vinculados a las luchas por la emancipación, la universalidad y la gratuidad de la educación superior.

La falta de reconocimiento de las experiencias, las narrativas y los escenarios encargados de constituir un imaginario propio del pensamiento crítico, debido a la resistencia negativa por parte de los sectores dominantes de las universidades, responde a las dinámicas estructurales que establecen un paradigma de la cultura universitaria en épocas de choque, cambio y reformas internas y externas, y que no están alejadas de la realidad política de la sociedad civil. Actualmente, México enfrenta el control del priismo, que se convirtió en un formato sociocultural propio de una cultura de la manipulación y la subordinación desde los intereses del padrinzgo colectivo, sindical y político en los diversos escenarios de la sociedad civil dentro de la nación.

Las situaciones de racismo y de discriminación política que enfrentan los sectores más vulnerables, entre los que se encuentran los indígenas, las negritudes, las minorías sexuales, los migrantes y grupos confesionales distintos de las religiones tradicionales, afectan a sujetos que integran los círculos universitarios en el campo público-privado. Un requisito indispensable de la educación para la paz y el reconocimiento de los escenarios interculturales es la posibilidad de establecer un diálogo abierto y deliberativo

que promueva el respeto por las diversidades y el pleno reconocimiento de los derechos reales y sustantivos de los estamentos universitarios.

Las diversas situaciones que ponen en jaque la autonomía universitaria, al ser un campo que permite cuestionar y proponer alternativas desde abajo en el marco de la construcción y la ecología de saberes, que apuesta por ir más allá de la visión moderno-colonial, propia de la universidad colonialista, angloamericana y occidentalizada, y que deslegitima las experiencias interculturales y de resistencia popular en los territorios, vulneran el reconocimiento nacional e internacional de estamentos basados en las acciones afirmativas, la educación diferencial y las autonomías territoriales.

Un aspecto central de la falta de reconocimiento de las luchas, las expresiones y las iniciativas contrahegemónicas de las lógicas tradicionales de los modelos educativos modernos-coloniales tiene que ver con la superación de las narrativas oficinales e institucionales, que no dimensionan las particularidades socioculturales de los grupos de abajo, populares, indígenas y vulnerables, debido a la incapacidad de canalizar las demandas y las propuestas partiendo de la posibilidad del diálogo y la negociación deliberada, así como de la racionalidad instrumental constituida desde los entes mafiosos, partidistas y tradicionales, afianzados en las instituciones formales e informales universitarias, lo que representa una compleja realidad asociada de forma concreta con la dinámica del pensar la política desde arriba, institucionalizada por la sociedad mexicana moderna-colonizada (Arellano, 2018).

El asunto de los puestos, los contratos y los nombramientos de concursos académicos, plazas y proyectos, que son parte de la vocación de la universidad, resulta ser una simple cortina, propia de la democracia deliberativa, que asume una narrativa oficial para establecer los medios, los canales y las rutas de información que permiten lograr el reconocimiento, la validez y la legitimidad de los actores universitarios. Sin embargo, los grupúsculos que manipulan y controlan según las necesidades de las mafias y sus intereses privados se convierten en simples figuras político-jurídicas de carácter administrativo, que no son congruentes con las justas y necesarias demandas promulgadas por los grupos excluidos o que están en resistencia frente al estamento universitario. La compra, la corrupción y la institucionalización de sectores, grupos y colectivos vinculados al movimiento estudiantil forman parte de una estrategia de vieja data, que responde a la desarticulación de las redes y los medios subalternos, creados por los actores disidentes que apuestan por la democratización popular y horizontal de la universidad en estos tiempos.

En efecto, la precariedad de los recursos es el resultado de una política de choque para desfinanciar a la universidad pública, buscando darles mayor protagonismo a las formas de negociación del sector privado, que promueve un pensamiento mercantilista y empresarial que va en contravía de una concepción de lo público basada en las necesidades de los grupos oprimidos de la historia. La realidad universitaria mexicana responde a dicho contexto, debido al panorama de corrupción, partidocracia y redes que implementan prácticas negativas de la política. Aquí las experiencias y las narrativas subalternas apelan a la construcción de diferentes senderos de la política desde la praxis ética de los de abajo.

Este fenómeno es posterior al clivaje de carácter político que marcó la historia del movimiento estudiantil mexicano, es decir, el 68 como un año de resistencia y desobediencia civil en el interior de la sociedad mexicana contra los poderes hegemónicos, corruptos y mafiosos de los gobiernos autoritarios, que han impuesto una racionalidad basada en los intereses privados del capital y en la negación y la invisibilización del pensamiento crítico de los pueblos y los territorios en movimiento (Alonso, 2018b).

Por tal motivo, las relaciones personales afectivas que surgen de las prácticas y las formas de comunicación de la cultura universitaria se encuentran asociadas a los discursos y las prácticas de comunicación en medio de la precariedad, la desigualdad social y la falta de oportunidades reales que interfieren de forma directa en el desarrollo humano de los estudiantes. Las estrategias para la superación de problemáticas de índole socioemocional de la comunidad se enfocan en la orientación, el seguimiento y el acompañamiento frente a situaciones de violencia, acoso y violaciones de los derechos humanos en los escenarios educativos.

Son necesarias las acciones que expresan el descontento y la inconformidad de los estudiantes frente a la pérdida de derechos y deberes de orden universitario que permitirían garantizarles condiciones materiales e inmateriales dignas, que en muchos casos se ven saboteadas por los grupos mafiosos y hegemónicos de las universidades. Los suicidios, los feminicidios, la persecución y la represión contra los estudiantes hacen parte del repertorio de violencias y conflictos que padece la población estudiantil en México.

El panorama de exclusión, vulneración y control de los espacios académicos y democráticos, encargados de promover una cultura del diálogo abierto y consensuado sobre las problemáticas del siglo XXI, y la necesidad de asumir una postura ética y política frente a los cambios de la universidad

en la era de la globalización son algunas de las ambiguas situaciones sobre las cuales reflexionan los movimientos universitarios de orden alternativo, antisistémicos y subalternos, que apuestan por irrumpir en las estructuras modernas-coloniales, propias de las mafias y los sectores políticos tradicionales.

La universidad mexicana, sumida en la dinámica de un Estado capitalista y una sociedad individualista, que impone patrones de dominación y exclusión sobre los grupos más vulnerables, es parte del contexto de explotación y control que ha impuesto la cultura política partidista priista. Los procesos democráticos universitarios están, por lo tanto, en medio de una lógica de emancipación o exterminio, debido a su carácter de renovación de los estamentos políticos, que no logran canalizar de forma concreta las demandas de los grupos excluidos del sistema educativo universitario.

Por tal motivo, la cultura de la paz y la no-violencia universitaria apuesta por la democratización de los espacios públicos de la universidad y opta por hacerles contrapeso a las reformas transnacionales de privatización, enajenación y cooptación político-burocrática, puesto que la esencia del pensamiento y la praxis ético-política del imaginario estudiantil consiste en superar los modos de control sistémico por parte de los grupos hegemónicos, para establecer así un tipo de educación que cualifique la producción, la distribución y el desarrollo del conocimiento, en función de las demandas de los grupos de abajo y populares.

Las formas de violencia institucionales y no-formales hacen parte de las luchas por constituir otra realidad que logre vincular el diálogo abierto y crítico en el ambiente universitario. El objetivo es romper con los esquemas de un tipo de educación liberal y empresarial que apuesta por la reproducción de los grupos hegemónicos, debido a que estos desconocen las experiencias de la alteridad provenientes de los actores subalternos del ámbito educativo. Igualmente, el contexto sociopolítico, caracterizado por el autoritarismo de los entes administrativos sobre el sector académico, refleja las circunstancias complejas de los escenarios de educación superior en México.

La apuesta por concebir la universidad como un espacio para hacer frente a las diversas problemáticas que contribuyen a la crisis civilizatoria requiere diseñar un proyecto inter y pluricultural de nación, que rompa con el velo de la colonialidad del poder, dándole preponderancia a una globalización contrahegemónica que establezca acuerdos de convivencia pacífica, democrática y popular desde el contrato político y social que contribuye a la convergencia de los saberes en el interior de la comunidad.

El concepto de comunidad universitaria implica la posibilidad de crear un tejido identitario con base en el deber, el sentir y el ser de la vida estudiantil, que no es apática frente a las luchas y las demandas que se generan desde abajo, sino que se articula de forma activa y congruente con las prácticas subalternas, enfocadas en subvertir los modelos modernos-coloniales que silencian el pensamiento crítico e imponen una mentalidad personalista sobre los procesos de educación superior en el interior de la sociedad mexicana.

El principio subalterno que invita a reconocer la educación como un bien público que favorece la construcción de la paz desde los diferentes escenarios educativos demuestra la capacidad movilizadora que tiene la universidad para convocar y agrupar a los diversos sectores de la sociedad civil en el marco de las experiencias populares o de resistencia en el territorio (Sandoval, 2016). El contexto mexicano no está desconectado entonces de las situaciones estructurales endógenas del sistema de la educación superior.

Además, es necesario rastrear en el movimiento estudiantil, de índole autónoma, plural e independiente, a un actor legítimo que logre controvertir las estructuras endogámicas y cerradas que se han encargado de administrar los recursos, bienes y espacios de las universidades, sumidas en la corrupción y la politiquería, y subordinadas ante los intereses de las élites federales y regionales. Esto implica una apología del conflicto, que se genera desde arriba y que abajo suele legitimar a un sujeto colonizado que desconoce las raíces históricas de la emancipación, promovida por la universidad en contravía del proyecto neoliberal, clientelar y mafioso de educación superior, funcional para la globalización propia del sistema mundo-capitalista.

En este sentido, la meta es reformar desde adentro la universidad mexicana, con el fin de hacerles contrapeso a las situaciones de violencia, despojo e indolencia académica, para impulsar así los procesos de investigación, deliberación y colaboración social con las comunidades, los actores y los grupos subalternos, los cuales hacen eco de las demandas sociales que motivan la democratización radical de los establecimientos educativos en medio de una sociedad civil sometida por un narcoestado que genera el despojo a gran escala en los territorios.

Promover una educación para la paz decolonial e integral significa hacerles contrapeso a las problemáticas teniendo en cuenta las necesidades reales y las demandas, promovidas por los grupos subalternos, dado que estos denuncian las limitaciones que presenta la educación superior en

México, al tolerar un nivel alarmante de exclusión por raza, sexo, etnia, religión y niveles socioeconómicos en diferentes situaciones de violencia asociadas a la cultura de la investigación, la docencia y la formación profesional con un sentido ético frente a lo público (Sandoval, 2013b).

LA EDUCACIÓN PARA LA PAZ Y EL APRENDIZAJE DE LA CONVIVENCIA PACÍFICA EN LA UNIVERSIDAD

La sociedad mexicana padece un conflicto propio del control de las mafias, el poder de la política tradicional y los medios, que imponen una racionalidad basada en las estructuras criminales del poder político-colonial. Esta situación aumenta la necesidad de promover una educación para la paz desde la docencia y el aprendizaje de los saberes científicos, populares y culturales que provienen de los grupos marginados y los territorios en resistencia.

La educación para la paz consiste en una propuesta epistémica-subalterna, que motiva a establecer un encuentro pluricultural y bicultural entre los saberes, las cosmovisiones y las distintas prácticas de los pueblos en el territorio. En el caso de la universidad mexicana, se instaura bajo la lógica de un sentipensar y una serie de sentimientos basadas en la construcción de la crítica política desde la ciudadanía, al servicio de la justicia social y la legitimidad política de los actores subalternos y territoriales.

La universidad del siglo XXI no puede ser ajena a las dinámicas y problemáticas que configuran la crisis del sistema mundo-capitalista y el declive de los poderes populares. Así, es necesaria la lucha desde abajo asumida por movimientos indígenas, sociales, culturales, antisistémicos y alternativos, que procuran generar formas de resistencia desde la otra orilla del saber, para hacerles frente a la cultura del control y a la institucionalización generalizada por parte de las formas de dominación modernas-coloniales de las élites.

El complejo panorama de exclusión y desigualdad sociopolítica que encuentran los estudiantes en las universidades, debido a la falta de oportunidades reales y de espacios de deliberación horizontal y crítica, sirve como insumo para hacerles frente a las prácticas corruptas, mafiosas y privadas de la política, puesto que obedece al interés corporativo de concebir la paz como un recurso de orden transnacional y un interés mercantil por parte de los grupos hegemónicos.

Por tal razón, la apuesta por descolonizar las formas de democracia universitaria se mide desde los procesos de diálogo intercultural que sirven como insumo para ampliar las perspectivas y superar las dimensiones monolíticas del conocimiento moderno-colonial, lo que deviene en la oportunidad de trascender las prácticas socioculturales que configuran la racionalidad instrumental y el colonialismo interno que representa las dinámicas de la universidad en medio de una globalización deslocalizada.

La lógica teórico-conceptual de los estudios de paz críticos consiste en explorar las formas, los medios y los canales que generan situaciones de violencia, exclusión y conflicto, y que atentan contra la condición humana y subjetiva de los actores. Al mismo tiempo, apuesta por romper con el velo de las estructuras cerradas y reproductoras de las prácticas de dominación en contravía del proyecto descolonizador que propone asumir luchas y proyectos desde abajo, que hagan contrapeso a la crisis civilizatoria de nuestros tiempos.

La universidad podría desarrollar la capacidad de orientar el pensamiento crítico y la movilidad social, desde su esencia como una institución autónoma, independiente y plural que promueve el diálogo de saberes y la oportunidad de motivar expresiones, luchas y acciones pensadas para ponerles frente a las estructuras endogámicas que controlan el poder político universitario de carácter colonial.

Por ende, la lógica epistémica de la paz integral, que articula narrativas provenientes de la descolonización, la interculturalidad y la ecología de los saberes, apuesta por generar grietas en los paradigmas clásicos y dominantes en el campo de la investigación para la paz. La reflexión sobre los conflictos, las violencias y las problemáticas convierte a la universidad en un espacio de formación y construcción de conocimiento, y refleja la oportunidad de cuestionar y proponer alternativas provenientes de los grupos subalternos.

Es necesario entonces apelar a la capacidad de impulsar programas, proyectos, cátedras y seminarios enfocados en la reflexión sobre la educación para la paz, en el marco de los procesos socioculturales que devienen de la universidad en medio de la crisis civilizatoria y bajo los poderes hegemónicos del Estado capitalista. Así pues, es importante establecer medios de comunicación desde el sentir y el hacer de las comunidades, sin caer en la lógica de un extractivismo epistémico, sino generando procesos intersub-

jetivos que incluyan acciones para hacerles contrapeso a las problemáticas profundas y sistémicas que surgen en los territorios.

La paz decolonial en la universidad pasa por una iniciativa que rompe con la colonialidad de las estructuras endogámicas y mafiosas del poder político-burocrático, sumidas en las redes de manipulación y espionaje contra los movimientos alternativos y el pensamiento crítico. El sentido de romper con una lógica monolítica y homogénea es concebir la cultura, la paz y el conflicto desde la experiencia de los estudiantes. Esta iniciativa pretende constituir situaciones de paz desde la reexistencia de los de abajo.

La cultura universitaria debe legitimar el pensamiento crítico y decolonial, que constituye la posibilidad de generar reflexiones autónomas e independientes que permitan mantener las resistencias populares frente a las lógicas tradicionales del poder de los altos grupos administrativos y políticos de las universidades. Por ello, es necesario superar la violencia desde la justicia, la convivencia y la deliberación pacífica en las comunidades, así como transformar la visión cerrada que impone una narrativa de negación y persecución sobre los líderes estudiantiles que demandan mejores condiciones materiales, inmateriales y orgánicas para el desarrollo de la universidad en medio de la crisis civilizatoria.

La debilidad institucional y la incapacidad del Estado mexicano, sumido en las dinámicas del narcotráfico, las violencias y las desapariciones forzadas, develan la crisis estructural de las instituciones que no logran canalizar ni dar soluciones reales a las demandas de los grupos subalternos. En este sentido, la inoperatividad de las universidades, al no proponer discusiones ni promover dinámicas autonómicas que hagan contrapeso a las estructuras modernas-coloniales, enraizadas en los poderes hegemónicos, da cuenta de la dinámica de un tipo de educación sistémica que responde a los movimientos transnacionales del sistema mundo-capitalista.

La cultura de la paz en las universidades se convierte en un espacio en construcción que demanda retos, procesos y dinámicas de diálogo abierto e intercultural, que sirven para superar las diferencias endémicas que coexisten en los centros educativos. Es necesario ir más allá de las discusiones tradicionales, pensadas desde la racionalidad instrumental y los intereses de los grupos hegemónicos. De esta forma, la oportunidad de concebir escenarios de respeto, convivencia, justicia, democracia y participación real desde abajo refleja un camino hacia la descolonización de la paz en las instituciones de educación superior en México.

El objetivo es establecer una política pública que incluya una cátedra de naturaleza teórico-práctica que permita visibilizar las luchas antihegemónicas y las acciones de los pueblos en el marco de la diversidad de pensamientos y acciones de la comunidad. En efecto, el giro decolonial de la paz no es un discurso, sino una praxis liberadora que rompe con los paradigmas de la paz liberal y conservadora, y que promueve la integridad de los saberes y los actores en el territorio.

La práctica sociopolítica de pacificar las sociedades modernas desde los modelos y esquemas de negociación se ha convertido en un intento fallido por concretar lógicas democráticas que trascienden su dimensión procedimental-normativa. La iniciativa de promover prácticas pedagógicas y didácticas en torno a la paz desde lo cotidiano en las universidades mexicanas, por medio de una cátedra, incluye un ejercicio de diálogo de saberes que parte de la oportunidad de reconocer el discurso, la narrativa y las experiencias de la otredad en el interior de su propia condición humana.

Los siguientes son algunos de los temas transversales que se podrían abordar para planear una cátedra de democracia e interculturalidad para la paz:

1. La aproximación a las diversas epistemes que configuran el pensamiento de la paz desde las reflexiones de las corrientes tradicionales hasta el debate teórico-metodológico de las narrativas alternas, articuladas con la perspectiva decolonial de la paz en los territorios.
2. La posibilidad de establecer comunicaciones y escenarios prácticos de intercambio de saberes desde las experiencias, las luchas y las demandas de las comunidades, para lograr constituir redes horizontales de participación, deliberación y construcción de la paz desde los territorios y la responsabilidad ético-política universitaria.
3. La elaboración de investigaciones colaborativas desde los territorios, que integra a la comunidad universitaria con las demandas, las luchas y las apuestas por revitalizar los procesos democráticos, populares y territoriales en defensa de la paz como una acción de respeto y de diálogo abierto entre los sujetos.
4. La responsabilidad ética de los estudiantes en el acompañamiento para fortalecer la reconstrucción del tejido social, a partir de los saberes populares, provenientes de los grupos, los actores y las comunidades en resistencia, que favorecen la construcción de la paz desde las distintas emociones y expresiones de los sujetos en interacción con los territorios. Por ende, la posibilidad de impulsar movilizaciones socioculturales

y prácticas de convergencia sobre iniciativas que permitan fortalecer los tejidos de saberes en la comunidad universitaria.

La importancia de concebir expresiones interculturales que dinamicen los conflictos desde la narrativa de la paz en las comunidades refleja un paradigma contrahegemónico que hace contrapeso a las discusiones tradicionales sobre la paz mediante la aplicación de modelos verticales sumidos en la lógica instrumental de los acuerdos, programas y políticas públicas de pacificación de los conflictos en sociedades sumidas en la violencia.

Una universidad que apuesta por la descolonización de la paz debería entonces complejizar los debates desde las experiencias sentipensantes de los movimientos, las comunidades, los actores y los grupos subalternos, que gestan alternativas desde abajo, haciendo frente a otra concepción de los derechos humanos, la gestión de los conflictos y la promoción de la equidad de género, la prevención del acoso y la solidaridad con los bienes comunales a cargo de la sociedad civil.

La perspectiva de la democratización de los conflictos desde la praxis ético-política de liberación de las comunidades responde a la necesidad de generar narrativas contrahegemónicas que ponen en vilo las formas de control y dominación constituidas desde los intereses privados de las élites. A la vez, constituye una oportunidad de generar otros esquemas y modelos orientados hacia la oportunidad de mejorar los medios de enseñanza, aprendizaje y dialogicidad contando con los diversos actores de la sociedad mexicana.

El sentido de la educación para la paz decolonial radica en la experiencia de motivar la construcción de saberes desde el ámbito de lo colectivo en el espacio público, lo que implica reconocer las experiencias, los pensamientos, los sentires y las necesidades de pacificación en el interior de una sociedad expuesta a situaciones de violencia desde las raíces de los territorios. Al mismo tiempo, plantea la necesidad política de superar los altos niveles de desigualdad que enfrentan los estudiantes en las diversas regiones que configuran el plano territorial del país.

En contraposición a la distancia que deben asumir las universidades y los movimientos estudiantiles con respecto a las formas de manipulación, exclusión y control que han ejercido históricamente los grupos hegemónicos sobre la esfera público-privada, cobra sentido la democratización de la paz como una oportunidad para hacerles frente a las lógicas de manipulación político-administrativa que han ejercido las élites sobre la universidad, silenciando en muchos casos las luchas de los actores subalternos.

En este sentido, se debe reconocer la vitalidad de una cátedra por la paz basada en una identidad contrahegemónica e intercultural, que sirva como plataforma para la formación del pensamiento crítico en el marco de la diversidad de ideas, sentires y emociones que configuran las posibilidades y las experiencias desde abajo. Es importante promover esta serie de proyectos con un sentido comunitario y popular, debido a que no se encuentran bajo los requerimientos de los grupos corporativos y transnacionales de la paz.

Para fortalecer espacios de esta naturaleza se deben articular los procesos de investigación interculturales desde el intercambio de saberes y la riqueza sociocultural de las comunidades, al tiempo que se establece un *ethos* sobre el rol de los estudiantes y las universidades frente a problemáticas estructurales como la violencia, la corrupción, la narcopolítica y el crimen organizado, que ha generado formas de control, terror y manipulación sobre los grupos subalternos que demandan otros escenarios de buen vivir.

La globalización ha impuesto una racionalidad económica basada en la configuración de una empresa de la guerra en México, puesto que se articula con las estructuras débiles y corruptas de las instituciones. Precisamente, se debe romper con expresiones que dan lugar a situaciones de destrucción sistemática y a proyectos de índole extractivista funcionales para los diseños, esquemas y modelos de la dominación colonialista propia de las élites cómplices de las organizaciones mafiosas que se encuentran en el interior de las universidades.

La propuesta de una lógica de la paz desde una perspectiva intercultural y crítica, que logre poner en diálogo las diversas posturas, representa un reto para la universidad pública en su tarea de contrarrestar las formas de dominación impulsadas por los grupos hegemónicos que desconocen las voces y los reclamos de los grupos marginados. Por un lado, devela una acción encaminada a cuestionar la neoliberalización de la educación superior, y legitima las diversas experiencias de resistencia provenientes del ámbito subalterno en el territorio.

El supuesto teórico-conceptual de una globalización contrahegemónica desde la universidad, que contemple los estudios de la paz decolonial, da cuenta de un campo emergente que apuesta por la formación del pensamiento crítico desde la praxis del sujeto y la transformación del conflicto, a partir de la liberación de las luchas de los grupos subalternos. El reto de concebir un tipo de educación en función del respeto de la otredad y la oportunidad de que emerja el pensar desde el afecto, la emoción y la sociabilidad simboliza

una perspectiva alterna que rompe con los paradigmas antropocéntricos de la paz para darle paso a la coexistencia del sujeto con la naturaleza desde una dimensión horizontal del ser.

La lucha de la universidad en el siglo XXI debe incluir la promoción de una cultura de la paz, la democracia y la configuración de procesos para solucionar los problemas endógenos de violencia de la sociedad moderna. Representa la posibilidad de romper con los paradigmas etnocéntricos para darle importancia al diálogo abierto y al cruce intercultural de saberes desde la intersubjetividad del sujeto en su contexto comunitario.

Por otro lado, la postura contrahegemónica de la universidad del siglo XXI implica explorar alternativas que hagan contrapeso a la racionalidad instrumental y la crisis civilizatoria que se han impuesto en la sociedad causando profundas heridas y memorias de las violencias en función de la lógica del Estado capitalista, que no ofrecen soluciones reales a las demandas, necesidades e inconformidades de las sociedades emergentes. El imperativo subalterno es articular las epistemes provenientes de los países periféricos y semiperiféricos que, desde los centros educativos, optan por hacer resistencia a la globalización, que promueve la privatización de la educación como un recurso de orden transnacional.

La posibilidad de concebir escenarios de paz en sociedades violentas o sumergidas en imaginarios de violencia, despojo y conflictos internos y externos constituye una apuesta por trascender la visión clásica de la relación entre el Estado, la universidad y la sociedad civil para articular de forma horizontal la dinámica sociocultural de las poblaciones étnicas, estudiantiles y populares, y de los movimientos sociales que son actores de gran relevancia para comprender la crisis civilizatoria y para constituir una alternativa desde el sentipensar como sujetos colectivos.

Es necesario concebir una universidad que tenga un sentido de la responsabilidad frente a lo público, donde se asuman procesos de investigación, formación de profesionales e incidencia social con el fin de reconocer la importancia de la cátedra por la paz universitaria, al ser este un espacio que sirve como insumo para la proyección de un horizonte-proyecto político de carácter ético, popular e idóneo para satisfacer las demandas y las reivindicaciones de los sectores más oprimidos de nuestros tiempos.

Por lo tanto, se requiere un proceso de descolonización de la paz, basado en la oportunidad de establecer procesos de investigación que propicien el reconocimiento, la identidad y la diversidad culturales, en el plano de

la construcción de saberes como un antecedente para superar las diferencias estructurales, dándoles sentido a las experiencias, situaciones y necesidades de las comunidades.

La universidad debe entonces asumir un papel protagonista en la mediación y la resolución de los conflictos, volviéndose un canal de diálogo entre las partes, un espacio para la reflexión, la denuncia y las propuestas éticas frente a situaciones como la violencia, el narcotráfico, la corrupción, la violación sistemática de los derechos humanos y los feminicidios, entre otros males propios de la realidad mexicana, sin dejar de lado el *ethos* que constituyen la construcción y la renovación de narrativas, discursos y prácticas propias de epistemes emergentes, críticas y descolonizadoras de la paz en los ámbitos universitarios del siglo XXI.

CONCLUSIONES

La tarea de la universidad mexicana, que vive una de sus peores crisis al ser víctima y a la vez cómplice de las formas de violencia generadas por los grupos hegemónicos, es asumir una postura ética que permita reflexionar, cuestionar y proponer soluciones desde su seno, para atender las necesidades y las demandas de las víctimas que han sufrido de forma radical en escenarios de terror que atentan contra su condición y su dignidad humanas.

Es necesario impulsar un sentido político que articule las diversas dimensiones, dependencias e instituciones que configuran la universidad en el marco de la construcción de una paz integral que legitime los saberes provenientes de las necesidades y las luchas de los pueblos en movimiento. Por ende, en el contexto mexicano se debe difundir la cátedra de la paz, íntimamente ligada a la necesidad de subvertir las estructuras modernas-coloniales, pensadas desde la racionalidad instrumental de los grupos dominantes.

La educación para la paz y su espacio en el campo de la construcción epistémica y práctica en la universidad obedecen a la necesidad de democratizar los espacios educativos desde el aula, los centros y los institutos, fortaleciendo las relaciones sociales y de comunicación. La apuesta consiste en promover una cátedra de la paz a modo de red pluralista de universidades, enfocada en la emergencia de la paz a partir del diálogo abierto y horizontal entre los entes público-privados dedicados a la educación superior.

La paz no solo es una política de Estado; también es un derecho y un bien colectivo que plantea la posibilidad de superar los conflictos, las

violencias y las problemáticas mediante estrategias que permiten superar el despojo, la miseria y la pobreza que padecen las comunidades debido a los proyectos extractivistas que se desarrollan en sus territorios. El propósito ético-político es promover la articulación de las redes universitarias que apuestan por la interculturalidad y la pluralidad de saberes que se constituyen desde la comunicación horizontal y desde abajo, con actores que plantean una narrativa subalterna a favor de otros mundos posibles y necesarios en esta época.

REFERENCIAS

Alonso, J. (2005). Razones para votar y no votar entre universitarios tapatíos. En P. Castro (coord.), *Cultura política, participación y relaciones de poder* (pp. 293-312). Universidad Autónoma Metropolitana.

Alonso, J. (2018a). Marginal notes to the election of 2018. *CoPaLa. Construyendo Paz Latinoamericana*, (6), 115-133.

Alonso, J. (2018b). Reseña de Sergio Zermeño (2018). *Ensayos amargos sobre mi país. Del 68 al nuevo régimen, cincuenta años de desilusiones. Las improntas de los movimientos del 68. Colección: Sociología y política. Revista FAIA*, 7(31), 1-5.

Arellano, D. (2018). Corrupción, ¿calle de una sola vía? La internalización del soborno en empresas en México. *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 39(84), 163-190.

Castellanos, A. y López, G. (1992). *El debate de la nación: Cuestión nacional, racismo y autonomía*. Claves Latinoamericanas.

Democracia Deliberada (30 de octubre de 2014). Desigualdad y eficiencia en las universidades #TodosSomosPolitecnico. *Animal Político*. <https://www.animalpolitico.com/analisis/organizaciones/democratas-deliberados/desigualdad-y-eficiencia-en-las-universidades-todossomopolitecnico.>, B. (2006). *La universidad popular del siglo XXI*. Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM).

de Sousa, B. y Sena, B. (2019). *El pluriverso de los derechos humanos: La diversidad de las luchas por la dignidad*. Akal.

de Zubiría, J. (12 de marzo de 2019). Los retos a la educación en el siglo XXI. *Educación y Universidad*. <https://antoniorc72.files.wordpress.com/2013/06/lectura-en-el-siglo-xxi.pdf>.

Díaz, Z. (2008). *Racionalidad comunicativa como episteme crítica y justicia emancipadora como praxis sociopolítica*. [Tesis de doctorado]. Universidad del Zulia.

Díaz, Z. (2013). Pensar del sujeto interdiscursivo en el diálogo intercultural. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 18(60), 69-79.

Espinoza, E. de J. (28 de octubre de 2016). Sistema educativo en México fomenta la desigualdad. *Desinformémonos. Periodismo desde Abajo*. <https://desinformemonos.org/sistema-educativo-mexico-fomenta-la-desigualdad/>.

Fernández, D. (9 de abril de 2019). Rector de la Ibero enumera crisis que asolan a América Latina y al mundo. *Ibero*. Ciudad de México.

Galli, C. (2013). *El malestar de la democracia*. Fondo de Cultura Económica.

González, P. (1995). La democracia de los de abajo y los movimientos sociales. *Nueva Sociedad*, (136), 37-40.

López, G. (2012). Viejas y nuevas guerras sucias. *El Cotidiano*, (172), 116-123.

Márquez, Á. (23 de julio de 2008). Crisis de la episteme política del Estado moderno en América Latina. *IX Corredor de las Ideas*. http://www.corredordelasideas.org/docs/ix_encuentro/alvaro_marquez.pdf.

Márquez, Á. (2018). *Democracia sub-alterna y Estado hegemónico. Crítica política desde América Latina. Diálogo abierto con Álvaro B. Márquez-Fernández*. El Pregonero.

Martín-Barbero, J. (2009). *Entre saberes desechables y saberes indispensables*. Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.

Quijano, A. (1992). Colonialidad y modernidad/racionalidad. *Perú Indígena*, 13(29), 11-20.

Sandoval, E. A. (2013a). *Educaciones interculturales en México*. Estudios Sociológicos Editora.

Sandoval, E. A. (2013b). Etnografía para la paz, la interculturalidad y los conflictos. *Revista de Ciencias Sociales*, 3(141), 11-24.

Sandoval, E. A. (2014). Educación, paz integral sustentable y duradera. *Ra Ximhai*, 10(2), 115-133.

Sandoval, E. A. (2016). *Educación para la paz integral: Memoria, interculturalidad y decolonialidad*. Arfo Editores e Impresores.

Sandoval, E. A. (2019). *Boletín Construyendo Paz Latinoamericana: Boletín cuatrimestral N.º 10*. CoPaLa.

Sandoval, E. A. y Capera, J. (2019). La emergencia del pensamiento intercultural en nuestra América: Reflexiones desde la filosofía anti-hegemónica y sub-alterna de Álvaro B. Márquez-Fernández. *Utopía y Praxis Latinoamericana. Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*, 24(1), 144-158.

Vega, R. (2011). Contrarreforma educativa en Colombia. *Revista El Ágora USB*, 11(2), 335-379.

Zemelman, H. (2010). *Aspectos básicos de la propuesta de la conciencia histórica (o del presente potencial)*. Ipecal.

